

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Marcos CUETO y Víctor ZAMORA (editores), *Historia, Salud y Globalización*, Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos y Universidad Peruana Cayetano Heredia, 2006 (Lecturas contemporáneas, 5).

Gracias a uno de los fenómenos más sonados del actual proceso de globalización, la llamada globalización de las comunicaciones, nos enteramos que el libro cuyo comentario nos convoca, fue oficialmente presentado en Perú, tierra natal de sus editores el pasado 28 de septiembre en el auditorio Hugo Lumbreras Cruz de la Casa Honorio Delgado, Universidad Cayetano Heredia, pudiendo incluso acceder a un par de fotografías del evento.¹ Desde Costa Rica, un pequeño país de la América Central, esta información se puede acceder velozmente gracias al eficiente Instituto Costarricense de Electricidad, cuya existencia lamentablemente peligra, en la fase álgida de la globalización, al igual que el resto de migajas que aún sobreviven del Estado de Bienestar.

Lo anterior nos permite acercarnos al trasfondo de la obra *Historia, Salud y Globalización*: los dilemas de la cooperación internacional en salud en los últimos sesenta años, marcados por la imposición de modelos foráneos creados en función de los requerimientos de los países del capitalismo central, y la negación de los modelos de salud de carácter autóctono y endógeno, negación que se ha profundizado en los tiempos de la globalización neoliberal. En esta misma línea, la obra nos ubica en el actual debate sobre el impacto del neoliberalismo sobre las estructuras de los llamados países en vías de desarrollo, lo cual ha potenciado la conversión de la salud en una mercancía.

La obra, sustentada principalmente en fuentes secundarias, está organizada en cinco capítulos, que siguen un orden lógico, encabezados por una vasta introducción y complementados por cuatro sugerentes anexos documentales. La vastedad de la introducción, en alguna medida ahoga los contenidos de los capítulos, puesto que más que introducir los temas, se explaya en comentarios que posteriormente son retomados con mayor profundidad en cada capítulo. A esta crítica se añan las constantes repeticiones entre los contenidos de los capítulos, lo que no es un elemento negativo, al contrario permite leer cada uno de los capítulos de forma

¹ Global Health Peru Program, http://www.globalhealthperu.org/index.php?option=com_content&task=view&id=70&Itemid=64&lang=es_PE.
Fundamentos en salud global, <http://photos1.blogger.com/blogger/5884/702/1600/invitacion%20-%20libro.0.jpg>.

individual, lo cual refleja que en sus orígenes cada apartado fue ideado como un artículo separado.

La Introducción, fruto de la pluma del historiador Marcos Cueto, nos lleva por dos sendas claramente delimitadas: la salud internacional y la salud global, cuyo trasfondo evidentemente es el debatido proceso de globalización, en cuyo seno históricamente se han dado respuestas encontradas ante el proceso salud-enfermedad. La salud internacional remite a un pasado remoto, no obstante, avanza a paso firme desde la segunda mitad del siglo XX, principalmente gracias a la conformación de la Organización Mundial de la Salud, sin dejar de lado la senda abierta en la primera mitad de esa centuria por la Fundación Rockefeller en el ámbito global, por la Oficina Sanitaria Panamericana para el continente americano, y por la Sección de Higiene de la Liga Naciones para Europa. Sin embargo, el principal problema del modelo de la salud internacional es su verticalidad, es decir, la imposición de modelos foráneos, facilitada por la estrecha relación entre los Estados y las agencias intergubernamentales, lo que va en menoscabo tanto de las iniciativas locales como de un enfrentamiento certero al complejo binomio salud-enfermedad a partir de sus determinantes socio-culturales. Como contraparte, a partir de la década de 1980 empieza a utilizarse con más fuerza el concepto salud global, en medio de un contexto sumamente complejo: globalización económica, enfermedades emergentes y re-emergentes, nuevos actores, etc.

El capítulo primero escrito por Marcos Cueto nos introduce en la interesante discusión sobre los orígenes de la Atención Primaria de Salud y la Atención Primaria Selectiva de Salud, donde son entendidos de diferente manera aspectos tales como la participación de los actores locales en el proceso de toma de decisiones, la conceptualización de la enfermedad, las características del personal de salud, las prioridades sanitarias, etc. Ambas conceptualizaciones que tienen su origen en la célebre Conferencia de Alma-Ata (1978), la una como resultado y la otra como respuesta a los acuerdos ahí tomados, inevitablemente desembocan en una tensa coexistencia, de cual ha de tratarse de sacar el mayor beneficio, pues en esencia no son más que estrategias para adaptarse a las características y a las posibilidades ofrecidas por un determinado contexto.

Víctor Zamora, médico y experto en políticas de salud, es el autor del capítulo segundo donde se aborda el candente tema de las enfermedades emergentes y reemergentes como un reto para la salud pública, enfatizándose en el caso peruano y descubriéndose que la magnitud del

problema requiere no sólo la intervención de las autoridades locales, sino también el involucramiento de las agencias internacionales. La respuesta no es para menos, porque se está en presencia de un fenómeno multicausal, que rebasa las fronteras de los estados nacionales y que amerita respuestas, que sin ser en extremo complejas, sí han de ser pragmáticas y contundentes.

El tercer capítulo escrito por tres historiadores de la medicina, Elizabeth Fee, Theodore M. Brown y Marcos Cueto, analiza la transición de la Salud Internacional a la Salud Global puntualizando en el papel jugado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en dicho proceso. Es interesante la historización que se hace sobre la evolución de la OMS, cuya primacía inicial en el campo de la salud internacional se ha visto notablemente deteriorada por los cambios políticos y económicos operados en el contexto mundial a partir de la década de 1980, que terminan obligando a la implementación de un trabajo cooperativo entre la OMS y el Banco Mundial, su principal competidor en la escena internacional.

El cuarto capítulo versa sobre las estrategias implementadas por el Banco Mundial en el cambiante escenario de la salud global y fue escrito por Jennifer Prah Ruger, especialista en salud global y ex-funcionaria del Banco. El texto nos demuestra con solvencia las diferentes concepciones que sobre el desarrollo ha manejado en Banco a lo largo de sus seis décadas de existencia, donde la salud ha venido a ocupar un lugar prioritario muy recientemente. No obstante, esa mayor participación ha comportado una serie de reformas que han dado al traste con los servicios de salud otrora tan caros al Estado de Bienestar, cambios que no han estado exentos de críticas y que han suscitado fuertes debates que apenas son insinuados por la autora.

El quinto y último capítulo, escrito por Víctor Zamora, invita a la realización de un ejercicio muy interesante: medir la preparación de nuestros servicios de salud para enfrentar los retos planteados por la globalización. Los resultados hallados por Zamora para Perú son muy poco halagüeños, ya que el sistema de salud pública queda dibujado como un barco a la deriva, debido a la falta de visión de la elite encargada del proceso de toma de decisiones. El artículo está construido sobre la base de una entrevista semiestructurada pasada a 16 altos funcionarios del sector salud, que podría tomarse como base para realizar estudios similares en otros países latinoamericanos, para luego confrontar los resultados y pensar en estrategias de corte más global.

Los anexos documentales, aparte de sustentar algunos apartados del análisis, también apoyan la discusión sobre el momento presente, especialmente a raíz de los objetivos no alcanzados de la Declaración de Alma-Ata y al inicio de un nuevo milenio. El primer anexo sintetiza los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio acordados por Naciones Unidas en el 2000, propuesta muy loable porque promueve el desarrollo de los derechos sociales y económicos en un marco transnacional, superando la habitual transferencia de recursos Norte-Sur por un mayor involucramiento de los gobiernos locales en el alcance de dichos objetivos.

Una propuesta mucho más radical, aunque contemporánea a la anterior, es la Declaración de la Asamblea de Salud de los Pueblos (2000), que defiende a capa y a espada el derecho a la salud integral y al desarrollo con equidad en el ámbito local, nacional y global, indicando claramente que para lograr un mundo mejor y más saludable es necesario recurrir a la acción radical.

Los académicos también tienen mucho que decir con respecto a la globalización neoliberal, por lo mismo se incluye el documento “Los retos de la salud en un mundo sin fronteras” presentado ante la OPS en el 2002 por un grupo de beneficiarios del Programa New Century Scholars auspiciado por Fullbright. Finalmente, como ningún sistema de salud puede funcionar sin cuadros profesionales debidamente capacitados, se presenta una síntesis del documento “Recursos humanos para la salud: superemos la crisis” producido en el 2004 por un conjunto de expertos, el cual llama la atención sobre la crisis global que enfrenta el personal de salud: escasez de profesionales, salarios deficientes, condiciones de trabajo inapropiadas, fuga de cerebros, etc.

Luego de tan documentado viaje por la historia de la salud global, queda un sinsabor determinado por la presencia de una profunda crisis, que a pesar de las diversas iniciativas implementadas para abordarla, sólo podrá ser enfrentada por la acción conjunta de gobernantes, actores sociales y organismos multilaterales. La solución, aunque parezca sencilla, es en extremo compleja por los requisitos que demanda, ya que solamente en el ámbito de los estados nacionales cabría citar, a modo de ejemplo, la voluntad para formular las políticas públicas con un sentido redistributivo dándole mayor participación a las comunidades, redireccionando un porcentaje adecuado del gasto público hacia la promoción de la salud, independientemente de los criterios de costo-efectividad que han primado en los últimos años.

El libro definitivamente invita al debate y a la investigación, y como tal constituye un excelente insumo para ser leído y discutido en las aulas universitarias, tanto por estudiantes de las Ciencias Sociales como de las Ciencias de la Salud, así como por los funcionarios del sector salud.

Ana Paulina Malavassi Aguilar

Escuelas de Historia y de Estudios Generales
Centro de Investigaciones Históricas de América Central
Universidad de Costa Rica
amalavas@cariari.ucr.ac.cr

Patricia GALEANA, *Juárez en la Historia de México*, México, Editorial Miguel Ángel Porrúa, 2007.

Todo historiador sabe muy bien que una de las dificultades mayores que puede enfrentar está en la rectificación de errores de interpretación del pasado que, al perpetuarse a lo largo del tiempo, han adquirido títulos de legitimidad que los hace muy difíciles, y a veces prácticamente imposibles, de corregir. El libro de la maestra Patricia Galeana, *El tratado Mc Lane-Ocampo. La comunicación interoceánica y el libre comercio*, pertenece a esa estirpe de obras historiográficas que, fruto de una larga investigación de muchos años, logran el difícil cometido de corregir viejas tesis, enmendar otras y, más que nada, proporcionar un cúmulo riquísimo de información que las convierte en obras clásicas y definitivas. Armada sobre una estructura documental impresionante la obra goza de una solidez erudita digna de mención, ya que la maestra Galeana exploró doce acervos documentales y consultó una rica bibliografía que la obligó, para sustentar sus novedosas tesis históricas, a dedicar prácticamente la mitad de su obra a las notas de pie de página, y a incluir seis apéndices con quince valiosos documentos además de una extensa cronología, así como un par de semblanzas biográficas de indudable contenido crítico y heurístico, la primera dedicada a Melchor Ocampo y la segunda a Robert Mc Lane. La obra también incluye varios interesantes mapas tanto históricos como de carácter explicativo que resultan guía indispensable a través de ese largo texto histórico. Además la obra esta enriquecida por un par de índices, uno onomástico y el otro analítico y temático, que resultan de indudable utilidad en una obra de esta envergadura. Cabe añadir que es una muy cuidada edición tanto desde el punto de vista tipográfico como editorial.

Escrita con un estilo claro, conciso y preciso, carente de giros retóricos, en los que no pocas veces incurren los historiadores de ese crucial período de la historia de México, el libro de Patricia Galeana nos conduce a través del siglo XIX sin desviaciones ni omisiones, ya que la estructura, mejor dicho la arquitectura de su obra tiene el carácter sólido y lógico de una irrefutable argumentación jurídica. En esto radica su fuerza historiográfica. Este hecho se apoya en las numerosas notas muchas de las cuales incluyen largas citas documentales textuales que, valga hoy decirlo en honor de la muy menospreciada erudición histórica contemporánea, resultan literalmente un agasajo para cualquier historiador que conozca, como decía Gregorio Marañón, el carácter “heroico” de esas notas elaboradas con tanto esfuerzo, pero actualmente tan desdeñadas.

Añadamos que la obra de Patricia Galeana va precedida de una interesante y aguda “Introducción” del doctor José Luis Orozco, quien logra situarla en su contexto histórico e ideológico.

Desde las primeras páginas nuestra historiadora señala el propósito de su estudio, que es el de analizar cómo surgió el Tratado Mc Lane-Ocampo, al cual se le ha visto en un contexto exclusivamente nacional, pero “no en el regional ni en el mundial del proceso de búsqueda de un paso interoceánico, en un momento de plena expansión comercial del mundo industrializado [y] tampoco se ha examinado en el ámbito continental como parte de monroísmo”. Para lograr su propósito Galeana se acercó al problema “desde la perspectiva geoestratégica internacional, de la política hegemónica continental norteamericana y la bilateral México-Estados Unidos”. En una brevísima síntesis del asunto central de su obra, nuestra autora nos dice que en ella intentó retratar “la difícil relación que prevaleció entre ambos países, a raíz de la guerra de conquista que Estados Unidos hizo en el territorio mexicano, así como los sentimientos ambivalentes de los liberales en su relación con la república expansionista”. Después de analizar las tentativas que existieron desde el siglo XVI de encontrar un paso interoceánico que no fuera tan septentrional como el imaginario y mítico estrecho de Anián ni tan meridional como el muy real y peligroso de Magallanes, nuestra autora nos expone los proyectos de crear un paso entre el Atlántico y el Pacífico hecho por la voluntad y el ingenio humanos. Después de discutir las nueve soluciones propuestas por Alejandro de Humboldt, entramos de lleno en la muy desventurada historia del fallido canal de Nicaragua que es una clara muestra de la diplomacia de hierro que los Estados Unidos empleó (y emplea) con ese frágil país centroamericano, así como de las dificultades orográficas, topográficas y políticas que impidieron su construcción. Secuela obvia de estas páginas debía ser y es la historia accidentada, compleja y perversa de la construcción del Canal de Panamá.

Esta especie de preámbulo geopolítico lleva a nuestra historiadora a tratar la génesis del Tratado Mc Lane-Ocampo para lo cual destina todo un capítulo a analizar lo que se ha escrito sobre el mismo en la prensa y en la historiografía especializada, desde 1859 hasta nuestros días. El interés de hacer esta recapitulación lo expresa la autora en los siguientes términos:

El Tratado Mc Lane-Ocampo suscitó acres debates en la prensa de su tiempo y una abundante bibliografía, tanto en la segunda mitad del siglo XIX como a lo largo del XX.

Juárez es el mexicano de quien más se ha escrito en nuestra historia, por ser quien presidió la consolidación de nuestro Estado nacional, republicano y laico.

y añade:

la firma del Mc Lane-Ocampo ha sido considerada, aun por sus apologistas, como la parte oscura del gobierno de Benito Juárez.

Así desfilan ante nosotros múltiples posturas encontradas de la prensa nacional e internacional, y de los historiadores profesionales, acerca de ese Tratado. De Francisco de Paula Arrangoiz y Justo Sierra hasta llegar a Alberto María Carreño y José Fuentes Mares, nadie escapa a la pesquisa casi inquisitorial de la autora quien va dilucidando tras los textos, las motivaciones ocultas o manifiestas de sus autores, sus prejuicios, animadversiones y odios, pero sobre todo sus inclinaciones políticas, ideológicas y religiosas para, de ahí, señalar la fuerza de dichos prejuicios y su nocivo efecto en la imparcialidad histórica. Así las opiniones de Manuel Rivera Cambas, Niceto de Zamacois y Francisco Bulnes son sometidas a un juicio, nada velado, sobre su objetividad historiográfica con el resultado de que esta última queda bastante maltrecha. Historiadores más cercanos a nosotros son analizados con igual rigor y en ellos Galeana encuentra ese deseo de analizar las motivaciones profundas del Tratado Mc Lane-Ocampo. Así José C. Valadés, Genaro Fernández Mac Gregor, Martín Quirarte, Agustín Cué Cánovas, Jorge L. Tamayo y Antonio Carrillo Flores merecieron un análisis atento de sus planteamientos por parte de Patricia Galeana. Sin embargo es claro que este largo análisis historiográfico, hecho en forma imparcial y objetiva, logra su cometido: señalar la información limitada que poseyeron esos autores a la hora de emitir sus juicios, por cercanos a la verdad que hayan estado. En este hecho básico radica la recapitulación de la autora, la cual tras explorar a profundidad los diversos archivos que antes mencionamos, se encontró en la posibilidad de llenar esas lagunas, matizar hechos que habían sido considerados en bloque y corregir errores de interpretación.

Este análisis conduce a la autora a lo que considero uno de los capítulos más dramáticos del libro: el de la tensa y para nosotros trágica relación de México con los Estados Unidos durante gran parte del siglo XIX. Las raíces de este antagonismo las resume Patricia Galeana en términos concisos que deseo repetir aquí:

La relación entre países vecinos es siempre difícil y por lo general conflictiva. La de México y Estados Unidos ofrece una mayor complejidad por encarnar el choque entre dos culturas antagónicas: la hispanoamericana, históricamente católica e idealista, frente a la anglosajona, protestante y pragmática. La frontera entre ambos países, una de las de mayor dimensión en el mundo, ha sido también la frontera entre Angloamérica y Latinoamérica. La vecindad con el país que ha considerado que su destino manifiesto es ser la primera potencia continental y después mundial, ha

marcado la historia de México, lo que significó que fuera el primer país latinoamericano en sufrir el expansionismo estadounidense.

Apoyándose en un importante texto del destacado historiador Juan Ortega y Medina, nuestra autora señala el “choque cultural entre dos pueblos conformados de manera tan distinta”, y que explica la vulnerabilidad de México ante su vecino del norte. Y las raíces de dicha vulnerabilidad hay que ir a buscarlas al pasado de ambos países:

Una Nueva España igual a la de la península, con el trasplante de la cultura de intolerancia religiosa, y una Inglaterra nueva, distinta a la de la isla, con libertad religiosa, que permitió el surgimiento de un Estado soberano apoyado por las diversas iglesias. Mientras que México, después de independizarse de España, tuvo que liberarse de una Iglesia universal, única, que obstaculizó la consolidación de su Estado nacional. Todo redundó en la vulnerabilidad frente a las potencias que buscaron ocupar el lugar de la antigua metrópoli: Estados Unidos y Francia. Los liberales mexicanos tardaron medio siglo para establecer en México el principio básico de liberalismo: la libertad de cultos.

De esta forma queda explicada la política expansionista de los Estados Unidos que se inició apenas rotas las relaciones de las antiguas colonias hispanoamericanas con su metrópoli. Fue Lucas Alamán quien percibió este hecho y señaló que los estadounidenses no eran los amigos y aliados naturales que muchos mexicanos creían. Fueron necesarios muchos años y no pocos “tristes desengaños” para que México percibiera que su vecino lejos de ser un aliado era una amenaza. Y este penoso proceso de desengaño es narrado por nuestra historiadora con detalle, desde el nacimiento de la doctrina Monroe, en el mensaje que este presidente dirigió a su nación el 2 de diciembre de 1823, hasta la pérdida de Texas y de más de la mitad del territorio nacional en la fatídica guerra de 1846-1848, todo ello alimentado por la idea difundida en Europa por Humboldt y muchos otros autores, de la riqueza mítica de México que favoreció —como dice Galeana— que “el acecho estadounidense y de las potencias europeas” fuese constante. La firma del Tratado de Paz, Amistad y Límites entre México y Estados Unidos, mejor conocido como Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848, donde se recogían “los restos del naufragio”, probaría ser decisivo en la historia de ambos países. Según Melchor Ocampo, “para México significaba la renuncia al brillante destino que parecían haberle prometido su gran territorio y riquezas como Reino de la Nueva España”. En cambio para Estados Unidos, afirma nuestra historiadora, representó “su consolidación como potencia continental”. El juicio que le merece a Galeana este proceso y sus consecuencias merece ser transcrito:

Estados Unidos perpetró uno de los más grandes despojos de la historia al arrebatarse a México más de la mitad de su territorio y miles de vidas, no sólo las de los mexicanos muertos en defensa de la patria, sino también de los que perdieron su nacionalidad o sus propiedades en los territorios que pasaron a dominio estadounidense. La herida del México perdido ha dejado una cicatriz difícil de borrar en la relación con el vecino del norte. No obstante, en la guerra civil entre liberales y conservadores cada bando buscó alianzas internacionales para su salvación. Nuevamente, como en la guerra de Independencia, la afinidad de los liberales estaba con Estados Unidos. El país se escindió en dos gobiernos durante una década (1857-1867), ante dos proyectos de nación, monarquía y república.

Y concluye con las siguientes palabras que prefiguran lo que será el resto de su obra:

La relación de México con su vecino del norte ha sido traumática porque, paradójicamente, al buscar su alianza, ha sufrido su agresión. La política expansionista que se ejerció contra México puso a los liberales mexicanos del siglo XIX en un predicamento, entre la espada y la pared, ante la amenaza de la intervención europea. La vecindad con Estados Unidos ha sido el trauma en la historia de nuestro país, haciendo realidad la sentencia de que geografía es destino.

En este contexto se dio la difícil relación de México con Estados Unidos entre 1848 y 1859, y este fue el marco de las negociaciones para construir una comunicación interoceánica por el Istmo de Tehuantepec, proyecto que databa de 1824 y que a lo largo de los siguientes 45 años fue objeto de diversos estudios, planes y concesiones entre los que destaca el de 1842 de José de Garay, el cual en 1848, apenas firmado el Tratado de Guadalupe Hidalgo, pasó a poder de “ciudadanos estadounidenses”. Este hecho culminó, tras una serie de negociaciones entre Robert P. Letcher y Manuel Gómez Pedraza con la firma de un tratado, el 22 de junio de 1850, en el que se garantizaba la construcción del paso interoceánico. Las vicisitudes por las que este tratado atravesó, incluida la nueva versión de 1851, dan idea clara de las fuertes presiones diplomáticas estadounidenses sobre México y la difícil situación del presidente Mariano Arista, quien denunció el acoso que sufría México “por las trapacerías de las potencias”, preludio de la inestabilidad política que sacudiría al país en el futuro inmediato.

En medio de esta precaria situación los Estados Unidos replantearon su política expansionista sobre un vecino débil y fracturado por la guerra civil y la penuria económica. Las presiones diplomáticas para adquirir por cincuenta millones de dólares la mitad de Tamaulipas, los estados de Nuevo León, Coahuila y parte de Chihuahua incluido el territorio de La

Mesilla, y por quince millones de dólares más Sonora y toda Baja California, dan idea de la voracidad territorial estadounidense, eufemísticamente denominada por el presidente Franklin Pierce como un acto en “defensa de su país”. El representante de Estados Unidos en México James Gadsden resumió en 1853, en pocas líneas, lo que sería la política de su país hacia México en los siguientes años:

ningún poder puede evitar que en un futuro todo el valle del Río Grande llegue a estar bajo la tutela de un solo gobierno [...] los Estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Chihuahua, por sucesivas revoluciones o adquisiciones, deben anexarse a Texas.

Es increíble que en esos años México no haya perdido esa porción de su territorio, y como dice Patricia Galeana: “Es importante reconocer la labor de [...] los diplomáticos mexicanos, quienes antes y después siguieron defendiendo al país del acoso del país vecino. Si revisamos la serie de presiones a las que estuvieron sometidos, resulta sorprendente que aún conservemos los codiciados territorios de los estados fronterizos y la anhelada península de Baja California”.

Nuestra autora evalúa con estas palabras ese oscuro capítulo de nuestra historia.

[...] 1853 cierra un período de despojos territoriales en el que México perdió 2.500.000 km², 55 por ciento del territorio que tenía en el momento de su independencia, y que constituyó la totalidad de los estados de Texas, Nuevo México, Arizona, Utah, Nevada y California, además de algunas partes que se añadieron a los de Wyoming, Nebraska, Arkansas, Oklahoma y Colorado.

La Revolución de Ayutla, las guerras de Reforma y la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano fueron el escenario político en el que México transcurriría los siguientes trece años; pero fue entre 1857 y 1859, cuando el país estaba inmerso en una sangrienta guerra civil, cuando las presiones de los Estados Unidos para ejercer sus “derechos” a través del Istmo de Tehuantepec para establecer “la vía interoceánica” se conjuntaron a sus pretensiones de expansión territorial sobre los estados norteros y Baja California. Ambas pretensiones estuvieron siempre estrechamente vinculadas y fueron las piezas de ajedrez en un tablero diplomático y político de enorme complejidad histórica y en el que la sagacidad de Patricia Galeana como investigadora logra sus mejores páginas de reconstrucción histórica de ese pasado ominoso que uno no puede recorrer sin sentir que México vivía al borde del abismo. El cuadro no podía ser más patético:

Al escindirse el país en dos gobiernos, el mundo entero quería sacar provecho de la situación. En principio, todas las naciones que mantenían relaciones con México, incluyendo Estados Unidos, reconocieron al gobierno conservador por ser el dueño de la capital de la república. Ante tal situación, el gobierno liberal no existía para la comunidad internacional, por ello se vio obligado a buscar desesperadamente el reconocimiento del gobierno norteamericano.

Este gobierno liberal encabezado por Benito Juárez tenía como personaje central de su gabinete a Melchor Ocampo, a quien Galeana califica como “líder intelectual de esta generación de liberales”. Este gobierno estaba en una posición extremadamente frágil y comprometida por su desventaja en la encarnizada guerra civil, la inminente intervención del ejército francés y las presiones estadounidenses caracterizadas por el doble lenguaje de sus representantes diplomáticos que a cambio de reconocer al gobierno liberal y de dar apoyo económico a su causa, solicitaron cesión de territorio y la vía interoceánica. En el capítulo central de su obra nuestra autora hace que converjan los hechos y factores políticos que anteceden, lo que arroja una nueva luz sobre lo que fue el Tratado Mc Lane-Ocampo. Este capítulo por sí solo formaría un libro dada su importancia y extensión pero, sobre todo, porque al intervenir las ideas económicas propias del liberalismo decimonónico, en particular las teorías sobre el libre comercio y la necesaria apertura de rutas comerciales para lograrlo, la perspectiva del libro se desplazará gradualmente del centro puramente político hasta lograr que el Tratado sea visto bajo la óptica en que debe ser considerado por la historia: el de la economía política del liberalismo comercial de la segunda mitad del siglo XIX, filosofía que, cabe añadir, era compartida tanto por los liberales como por los conservadores. En este punto radica una de las más novedosas y originales aportaciones históricas de la obra de Patricia Galeana. Así, de golpe, muchas de las tesis historiográficas que analizó al repasar la historiografía y la hemerografía sobre el Tratado quedan en la categoría de hipótesis no verificadas ni con posibilidades de serlo, es decir en suposiciones históricas que resultan ahora obsoletas.

A principios de 1859 llegó a Veracruz el agente confidencial estadounidense William M. Churchwell con el propósito de exponerle a Juárez las demandas solicitadas por su gobierno, presidido por James Buchanan, para poder otorgarle el reconocimiento que tanto requería. Las peticiones de Churchwell repetían, con adiciones, los viejos requerimientos expansionistas pero con ciertas pretensiones nuevas: “el derecho perpetuo de tránsito desde El Paso hasta Guaymas en el Golfo de California y de un punto del Río Grande a otro punto de dicho Golfo [...] para construir un ferrocarril a través de los Estados de Sonora y Chihuahua [...], así como el

derecho perpetuo de vía a través del Istmo de Tehuantepec”. También deseaban la península de Baja California, que ellos consideraban parte de la Alta California y que por tanto no tenía valor para México y sí para ellos pues les garantizaría el control comercial del Pacífico. Es claro en este inicial planteamiento que las consideraciones económicas empezaron a resultar determinantes en las negociaciones, y ésta será la tónica que prevalecerá hasta la firma del Mc Lane-Ocampo. El reconocimiento del gobierno de Juárez por parte de Estados Unidos vino en una situación histórica crucial ya que en esos días Miramón ponía sitio a Veracruz, bastión liberal. Las peticiones enunciadas fueron aceptadas como protocolo previo de lo que sería el Tratado Mc Lane-Ocampo, y en dicho arreglo intervinieron tanto Ocampo como Miguel Lerdo de Tejada, quien mereció los elogios de Churchwell, aunque éste reconoció que, quien controlaba la situación política del gobierno liberal era Ocampo a quien calificó de un hombre “de gran inteligencia natural, talento y erudición, [...] inflexible e impaciente ante la oposición y honesto”.

El apoyo europeo, francés específicamente, al gobierno conservador de Miramón fue también un factor positivo para los liberales que se acercaron con renuencia personal pero con agudeza política al gobierno del país que se había apoderado de la mitad de nuestro territorio apenas un decenio antes. Todos esos factores políticos y económicos, que fueron vistos por los liberales no como traición a sus ideas sino como oportunidades renovadoras de una nación postrada, abatida y en bancarrota, fueron los que condicionaron la preparación y firma del Mc Lane-Ocampo, pero debemos añadir un elemento que no escapó a la mirada perspicaz de nuestra historiadora: el psicológico. Ya José C. Valadés había calificado a Robert Mc Lane como “persona sin mucha malicia y pocos recursos mentales”; juicio que contrasta notablemente con el que Churchwell hizo de Ocampo. Y esta contraposición intelectual es analizada entre líneas por Patricia Galeana quien ve en la firma del Tratado un juego de ajedrez político, económico y diplomático en el cual la malicia, inteligencia, visión y perseverancia del Ocampo lograría un resultado que, bajo las circunstancias del momento —y sólo de ese momento histórico— podrían ser vistas ahora y desde nuestra perspectiva histórica de ciento cincuenta años, como una traición, y un fracaso político pero que, en rigor, y en la óptica de su momento no fueron tales. México no cedió nunca su soberanía y desde el punto de vista del libre comercio que el Tratado Mc Lane-Ocampo favorecía el convenio tal como fue pensado, madurado y propuesto por Ocampo tiene facetas que nunca hasta ahora habían sido consideradas. Ocampo peleó y logró que México conservara su soberanía a la vez que se abrían rutas comerciales necesarias para la recuperación económica del país; y este es un mérito indudable pues fue el fruto de su sagacidad

política. Aquí cabe transcribir un texto en el que nuestra historiadora cita literalmente la idea central que animaba al Ocampo estadista al firmar el Tratado:

Ocampo emitió una circular para informar del reconocimiento del gobierno de Juárez por parte de Estados Unidos. Destacaba que “es de la mayor importancia” y señalaba que iniciaba una nueva era en las relaciones de los dos países; que unidos pueden desafiar al mundo y regular los destinos de la generación naciente, mientras que oponiéndose facilitarían las pretensiones dictatoriales de los enemigos de la democracia. Estados Unidos “se adherirá a aquellos economistas que piensan que un vecino rico y poderosos es más valioso y asegura más ventajas que un desierto agostado por la pobreza y la devastación”.

Esto nos lleva a la pregunta que subyace en esta obra y la atraviesa de principio a fin, y que sin duda fue la que Patricia Galeana se planteó al escribirla: ¿Cómo fue posible que los liberales, que tan violentamente habían criticado y repudiado la cesión de la mitad de nuestro territorio a los Estados Unidos en 1848, hayan buscado y logrado la alianza, el apoyo y el reconocimiento de esa misma nación y hayan firmado un tratado que, desde el punto de vista político estaba en flagrante contradicción con el indudable amor que sentían por su patria a la que defendieron siempre en todos los campos con una pasión que no puede ponerse en duda? La respuesta no era sencilla y nuestra autora destinó más de la mitad de su libro a dilucidar esa contradicción que a tantos ha desconcertado. En todas esas páginas en que intervienen políticos, diplomáticos, militares y empresarios, tanto mexicanos como extranjeros, se va develando un conflicto que, paralelo o, más bien, entrelazado con la guerra entre liberales y conservadores, trascendía la lucha armada para convertirse en un conflicto por el proyecto de nación que ambos bandos deseaban para México. Esto explica la denuncia conservadora del reconocimiento que Estados Unidos hizo del gobierno juarista y la denuncia de traición que lanzó contra los liberales que se verían obligados, para lograr dicho reconocimiento, a ceder más territorio y a pactar un paso interoceánico militarizado a perpetuidad por Tehuantepec. Pero el juego político de Ocampo y los liberales no se adapta del todo a este estereotipo que ha sobrevivido hasta hoy. Los informes de Mc Lane a Lewis Cass permiten seguir paso a paso el ritmo de las negociaciones que culminaron el 14 de diciembre de 1859 con la firma del Tratado. Este documento revela la profunda preocupación de los liberales por el destino de su patria pues las luchas intestinas y las divisiones del propio gobierno liberal hacían ver que la única solución eran “los yanquis” para dar “paz y moralidad” al país. “A este convencimiento —dice Galeana— llegaron muchos liberales, así como los conservadores creían

que la solución era el establecimiento de la monarquía con la intervención europea”. Sin embargo se temía la mala fe y la conducta artera del vecino del norte. Con indudable astucia Ocampo disuadió a Mc Lane de sus pretensiones sobre Baja California y enfocó sus esfuerzos a lograr que las concesiones que se le hicieran a Estados Unidos —los pasos Matamoros-Mazatlán, Nogales-Guaymas y el Istmo de Tehuantepec— tuvieran a mediano plazo un beneficio colateral para México aunque ello supusiera que, basados en las tesis librecambistas que él y Mc Lane apoyaban, México fuera invadido por productos norteamericanos prácticamente por todas partes. Este fue el trasfondo económico del tratado, y fue, sin duda, el elemento determinante que provocó su rechazo por parte del senado estadounidense. Al manejar sagazmente las variables políticas, militares y de apoyo económico al gobierno liberal, por un lado, y, por el otro, las variables comerciales profundamente inspiradas en las tesis librecambistas, Ocampo aseguraba el triunfo del proyecto liberal en los campos político y económico al echar las bases de un auténtico tratado de libre comercio que estimularía la industria y la producción agrícola del país, el cual podría exportar sus productos a los Estados Unidos con beneficio recíproco. Esto explica la vehemencia con la que los diplomáticos mexicanos en Washington presionaron para que se aprobara. El mismo Mc Lane “librecambista convencido [...] consideraba que el libre comercio traería beneficios no sólo a la población fronteriza, sino en general a los intereses comerciales de ambas repúblicas”. Consideraba que el proteccionismo era dañino para Estados Unidos, y también para México, pues ahogaba la industria y des poblaba el campo. La conclusión de Patricia Galeana es obvia ante el volumen de evidencias y testimonios que logró obtener:

En la historiografía especializada sobre el Tratado, se ha dado poca relevancia a la liberalización comercial; sin embargo, desempeñó un papel decisivo en su rechazo por parte del Senado de Estados Unidos. Ya que si bien había sido iniciativa de los librecambistas estadounidenses como Mc Lane, el que México se abriera a su comercio, la corriente proteccionista era mayoritaria en el Senado y consideró inadmisibles abrir sus fronteras a los productos mexicanos a perpetuidad.

y añade:

En todo caso, el Tratado es un ejemplo de negociación diplomática en que el negociador logró limitar las demandas de la contraparte: conseguir el reconocimiento, no vender territorio y obtener ayuda para ganar la guerra. Ocampo logró cambiar un tratado de compra-venta por uno de tránsito comercial, estando en las condiciones más desventajosas posibles.

La lucha por la ratificación del Tratado tanto por parte de los liberales mexicanos como de los partidarios estadounidenses del libre comercio se dio en medio de momentos cruciales de la guerra de Reforma: el ataque de los buques conservadores a Veracruz y su detención en Antón Lizardo por el buque de guerra estadounidense *Saratoga*, hechos decisivos de esa confrontación. Estos factores estuvieron presentes en las discusiones del tratado en el Senado de los Estados Unidos, pero fueron consideraciones básicamente económicas las que prevalecieron tras largos debates e intentos de modificarlo. Así el 31 de mayo de 1860 por 27 votos en contra y 18 a favor el Senado de Estados Unidos resolvió no ratificar el Tratado. “La defensa de la política proteccionista prevaleció y fue el factor decisivo para rechazarla”, afirma Galeana al sopesar los factores que entraron en juego.

Su evaluación del significado del Tratado Mc Lane-Ocampo en su contexto histórico merece ser reproducida aquí:

El tratado de Tránsito y Comercio entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América (Tratado Mc Lane-Ocampo) hubiera concedido a ese país el paso interoceánico con protección de tropas a perpetuidad por el Istmo de Tehuantepec, así como los pasos de Matamoros a Mazatlán y de Nogales a Guaymas, además de establecer el libre comercio entre ambos países.

Desde el momento mismo de su firma, el Tratado Mc Lane-Ocampo fue causa de todo tipo de ataques y sirvió de pretexto para el asesinato del ideólogo de la Reforma liberal. El tratado pasó a la historia como un acto de traición a la patria y ha sido la mayor mácula del gobierno juarista.

Sin embargo, como correctamente señala nuestra historiadora, México nunca perdió la soberanía sobre esos pasos y en la mente de Ocampo existía la certeza jurídica de que toda concesión realizada por un gobierno soberano, como era el juarista, podía cancelarse cuando sus condiciones ya no resultaran favorables. De hecho, afirma Galeana, “al hacer el balance de la negociación debemos reconocer que el canciller juarista logró cambiar un tratado de venta de territorio por uno de tránsito comercial. Con la firma del Tratado Mc Lane-Ocampo obtuvo el reconocimiento del gobierno liberal y el apoyo de Estados Unidos para ganar la guerra”. Y en esa línea de pensamiento expone, como conclusión, lo que es la tesis medular de su libro:

Llama la atención la poca importancia que la historiografía especializada ha dado al tema del libre comercio. Las obras dedicadas al análisis del Tratado Mc Lane-Ocampo sólo se enfocan en la pérdida o no de la soberanía nacional por conceder el paso interoceánico y el tránsito de tropas, cuando la

discusión del Senado estadounidense giró en torno a la liberalización comercial y fue la principal causa de su rechazo.

y añade a manera de reflexión final:

El Tratado constituyó la culminación de un largo proceso de presiones de Estados Unidos sobre los diversos gobiernos mexicanos hasta que, en medio de la crisis política más grave del siglo XIX, en la que el país se escindió en dos gobiernos, ante la posibilidad de que el gobierno liberal desapareciera, Ocampo aceptó, de los males, el que consideró el menor. En una ejemplar negociación diplomática, convirtió un tratado de cesión territorial en uno de tránsito comercial. En las condiciones más adversas, el canciller juarista asumió su responsabilidad bajo la divisa de que “más allá de la prudencia está la temeridad; más acá, la cobardía”.

Una obra, como la de la maestra Patricia Galeana que acabamos de comentar, merece una cuidadosa lectura y una amplia reflexión no sólo de los especialistas del siglo XIX sino también de cualquier interesado en la historia de nuestro país ya que en ella se abren nuevas vías para una interpretación objetiva y certera no sólo del Tratado Mc Lane-Ocampo sino de los primeros decenios del México independiente. Como obra que revela la indudable madurez intelectual y el talento de su autora no podemos menos de felicitarnos por que haya emprendido el estudio de ese período de la historia mexicana reivindicando la imagen de los liberales, *de sus liberales*, y en particular la de esa figura extraordinaria de nuestro pasado que fue Melchor Ocampo. Pero hay algo más que quisiera añadir. Esta obra refleja como pocas el grado de excelencia al que han llegado los estudios historiográficos en México y puedo afirmar que una obra de este nivel no es fácil de encontrar ni en otras latitudes donde se cultiva la historia de forma académica y profesional. Y con este comentario cerramos el libro de Patricia Galeana, con la sensación profunda de que estuvimos en presencia de una obra mayor de la historiografía mexicana de los inicios del siglo XXI.

Eliás Trabulsee
Doctor en Historia
El Colegio de México
México

IBEROAMERICANA

AMÉRICA LATINA
ESPAÑA - PORTUGAL
Ensayos sobre letras
historia y sociedad
Notas. Reseñas
iberoamericanas

IBEROAMERICANA es una revista interdisciplinaria e internacional de historia, literatura y ciencias sociales, editada por el Instituto Ibero-Americano de Berlín (IAI), el Instituto de Estudios Ibero-Americanos de Hamburgo (IIK) y la Editorial Iberoamericana / Vervuert, Madrid y Frankfurt.

IBEROAMERICANA aparece en forma trimestral e incluye cuatro secciones: Artículos y ensayos de crítica literaria y cultural, historia y ciencias sociales. Los Dossiers que en cada número se dedican a un tema específico. El Foro de debate con análisis de actualidad, comentarios, informes, entrevistas y ensayos. Reseñas y Notas bibliográficas. ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS: Nº 22: Pensar el canon literario. Teoría y ejercicio crítico. Nº 23: El mundo de las plantaciones bananeras. Nuevos objetos, nuevos enfoques. Nº 24: Prácticas de poder y estrategias de resistencia en la España democrática. Nº 25: En(tre) dos naciones: articulación política y cultural de los mexicanos en Estados Unidos.

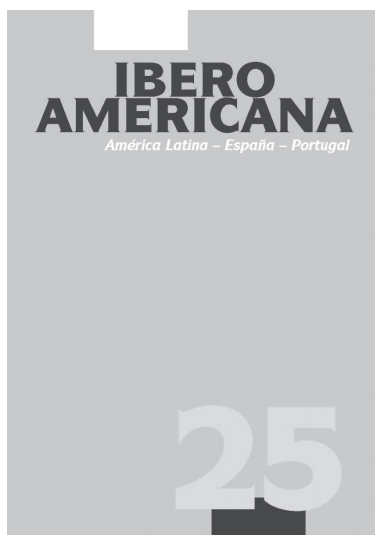
Suscripción anual (4 números):

€ 60 Instituciones y Bibliotecas,

€ 35 Particulares

Número individual

€ 16,80 (más gastos de envío)



IBEROAMERICANA Editorial Vervuert, Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid, Tel.: +34 91 429 35 22 / Fax: +34 91 429 53 97 - VER VUERT Verlagsgesellschaft, Wielandstr. 40 - D-60318 Frankfurt am Main, Tel.: +49 69 597 46 17 / Fax: +49 69 597 87 43

Derechos Reservados

Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia



ARCHIPIÉLAGO
Revista Cultural de Nuestra América

SUSCRIPCIÓN UN AÑO (CUATRO EDICIONES)

MÉXICO: \$240.00 M.N.

AMÉRICA LATINA, ESTADOS UNIDOS Y CANADÁ: 36.00 U.S. DLS.

RESTO DEL MUNDO: 40.00 U.S. DLS.

NOMBRE: _____ PAÍS: _____

DIRECCIÓN: _____

CIUDAD: _____ ESTADO: _____ C.P.: _____

TEL./FAX: _____ E-MAIL: _____ FIRMA: _____

DESEO RECIBIR LOS EJEMPLARES DE ARCHIPIÉLAGO DEL NÚM.: _____ AL _____

Enviar cheque o depositar a nombre de CONFLUENCIA, S.A. DE C.V.

CTA. BANCO HSBC NÚM. 4000851865 Av. Baja California 349, Col. Hipódromo Condesa

México, D.F., C.P. 06170

Tel.: 52778182 Fax: 55157876 E-mail: elaleph@archipelago.com.mx

Edición del
Instituto Panamericano de Geografía e Historia
realizada en su Centro de Reproducción
Impreso en CARGRAPHICS
RED DE IMPRESION DIGITAL
Av. Presidente Juárez N° 2004
Col. Fracc. Industrial Puente de Vigas
Tlalnepantla C.P. 54090
Edo. de México
Tels: 5390-9709 5390-9711
2007